
CONVERSACION XXXIV

SOBRE LA DEPENDENCIA.

Leocadia. Mientras el tiempo nos lo permite y estamos solas, hablemos, si gustáis, acerca de los diferentes estados que pueden convenir á una niña.

Clemencia. Nosotras somos ahora muy pequeñas para pensar en eso.

Gorgonia. Aunque séamos todavía muy niñas para pensar en eso, no lo somos para instruirnos en este punto.

Clemencia. Ya sabéis cuanta es mi diferencia y respeto á vuestros modos de pensar; y así yo estoy dispuesta á todo lo que vosotras juzgáreis á propósito.

Leocadia. Una vez que esto no te sirve de molestia, nosotras tendremos mucho gusto en ello; y para comenzar, dinos qué es lo que piensas acerca de nuestra actual situación.

Clemencia. para hablaros según lo que siento, os diré, que yo la tengo por la más feliz del mundo; porque nosotras vivimos sin cuidados y sin afanes, y nada nos falta.

Gorgonia. Yo encuentro que nos falta una cosa, y es la libertad.

Clemencia. Esa no juzgo yo que nos falte, pues echo de ver, que en nada nos la quitan.

Leocadia. ¿Por ventura duermes tú hasta la hora que quieres?

Clemencia, Duermo lo suficiente para conservar la salud; y eso me basta.

Gorgonia. ¡Pobre de mí! Pues que regularmente, cuando vienen á despertarme, suelo estar muriendome todavía de sueño; y á veces estoy ya enteramente vestida, y aún no puedo abrir los ojos.

Clemencia. ¿Es la necesidad, ó más bien la sensualidad, á la que consultas entonces? ¿Cual de las dos es?

Leocadia. He aquí una nueva expresión, *sensualidad* en dormir: es la primera vez que la oigo.

Clemencia. Sin duda, que para tí sola es nueva esta expresión; porque sensualidad hay en dormir, como también en comer y beber, y en todo lo demás; con esta diferencia, que en el dormir se encuentra una sensualidad más extensa y más amplia que en todo lo demás, porque mira á todo el cuerpo; y en consideración á esto se han arreglado tan cuidadosamente las horas de dormir en las Comunidades Religiosas.

Gorgonia. Bien necesitábamos de esta explicación; porque como lo dejasen á nuestro arbitrio, creeríamos que se podía dormir cuanto quisiéramos, sin pensar que esto fuese malo.

Clemencia. Pues parad la atención, y veréis que puede haber exceso en el dormir, no menos que en otras necesidades de la vida; y que también se puede en esto satisfacer perfectamente á la sensualidad; dejando á parte una buena porción de tiempo que en eso se pierde.

Leocadia. Ya no nos quejaremos en lo sucesivo de que no dormimos bastante; puesto que sabemos ya, que dormimos lo suficiente para mantener una buena salud. Pero ¿y qué dices en orden á comer y beber? ¿Comes tú cuando te da la gana?

Clemencia. Os puedo decir que sí; porque nunca la tengo sino á las horas de comer.

Gorgonia. ¡Mucha templanza es esa! Yo por mí, bien quisiera comer, siempre que tengo hambre.

Clemencia. No puedo yo creer una cosa como esa; pues sé que eres demasiado racional, para que quisieses imitar á las bestias.

Leocadia. Es verdad que haciendo, como hacemos, cuatro comidas al día, con dificultad se podrá tener hambre fuera de las horas: pero últimamente, más quisiera una tener libertad en este punto.

Clemencia. Sin duda, que eso lo decís en chanza; porque tenéis bastante juicio, para que pudiérais pensar de esta suerte.

Gorgonia. Pero esas horas fijas de asistir á las Aulas ó clases, que todos los días empiezan de nuevo, y nunca se acaban, ¿te acomodan á tí mucho? Ella es una aplicación continua, y eso fatiga demasiado. Unas

veces leer, otras escribir, otras calcular, ó sea aprender de memoria; todo esto ¿te parece que es tan cómodo?

Clemencia. Indubitablemente; para una niña que piensa en la necesidad que tiene de todas estas cosas y en la utilidad que podrá sacar de ellas.

Leocadia. Pues ¿qué utilidad puede sacar?

Clemencia. Saber bien su Religión; ser á propósito para abrazar cualquier estado; poder hallar por su trabajo con qué subsistir, cuando lo necesite: no cabe cosa más útil.

Gorgouia. Vé ahí lo que tiene ser una joven; que de nada de eso se hace cargo, ni se piensa más que en lo presente, y en apartar de sí todo lo que incomoda.

Clemencia. Es verdad que con un poco de juicio se harían todas estas reflexiones; pero es preciso confesar, que en nuestra edad no hay mucha capacidad para ello.

Leocadia Demasiado lo experimentamos todos los días.

Clemencia. convengo en eso; pero es necesario, aun en esta misma edad, irnos descartando más y más de la infancia.

Gorgonia. Todo eso lo hallo yo muy bueno; pero, en una palabra, yo no quisiera depender de nadie.

Clemencia. Para eso, amiga, no hay más arbitrio que morirse, y irse al Cielo, y allí encontrarás lo que pides; porque allí en la Tierra no se halla de eso en ningún estado.

Leocadia. No obstante es cosa muy incómoda esto de tener siempre alguna persona á quien mirar á la cara, y no poder cada una hacer lo que quisiere.

Clemencia. Cuando hay entendimiento y se le obedece, no se tiene esto por incómodo: y aun adelante más; cuando no se tiene demasiado apego á su propia voluntad, no cuesta trabajo hacer la de los demás.

Gorgonia. Lo que acabas ahora de decir, supone ya una perfección grande; y has de hacerte cargo de que nosotras acabamos de nacer, como quien dice; y aun no tenemos alas para volar tan alto.

Clemencia. No me parece que se necesita tanta perfección como todo eso; y lo que yo digo es, que, pues todos hemos nacido para depender unos de otros toda nuestra vida, es menester que nos acostumbremos desde luego á esto, y que vivamos sin voluntad propia.

Leocadia. La que en una edad como la nuestra, pudiera dejar de tener voluntad, conseguiría ciertamente un gran triunfo; y la obra estaría sumamente adelantada para el resto de su vida.

Clemencia. A eso os exhorto yo, y esto es lo que os aconseja; porque en saliendo de aquí, habréis de volver á estar sujetas á la dirección de vuestros Padres; y estos seguramente no os disimularán ni contemplarán tanto como vuestras Maestras.

Gorgonia. Sin embargo, yo cuento con hacer un poco más que ahora, mi voluntad, en volviendo á casa de mis Padres. A lo menos tondré libertad en punto de levantarme y acostarme.

Clemencia. Acordaos, os ruego, que poco antes convenisteis conmigo en que era sensualidad el dormir más de lo necesario: por otra parte, si durmiéseis algunas veces á vuestra voluntad y placer, ¿cuántas ocasiones os sucederá que no podréis alcanzar ni aun lo que habréis menester?

Leocadia. Por lo menos, comeré y beberé siempre y cuando se me antoje.

Clemencia. No respondo yo de que haciéndolo así, te conserves mucho tiempo sana; pues, además de que esto te acarreará una infinidad de achaques y dolencias, eso no es vivir como racional.

Gorgonia. Y bien; yo seré dueña de salir cuando me diere la gana de visitar á menudo á quien yo quisiere, y de divertirme con mis amigas.

Clemencia. Creedme, ó no me créais; una niña que quiere conservar una buena reputación, no debe apartarse de la vista ni de la presencia de su Madre; y la que hiciere lo contrario, se expone muchísimo.

Leocadia. Que te oiga, juzgará que es menester vivir entonces en mayor dependencia que la que ahora tenemos.

Clemencia. Sobre eso debes contar absolutamente, si quieres vivir como buena hija, y como racional.

Gorgonia. Pues siendo eso así; lo mismo me da estar aquí; donde logro ciertos gustos, que quizá no conseguiré en casa de mis Padres.

Clemencia. En eso discurrirías ajustadamente, si

esto dependiese de tí; pero también tenemos que virir en dependencia, todo el tiempo que hubiéremos de permanecer aquí.

Leocadia. Demasiado depender eso ya, pues según parece, nunca se acaba.

Clemencia. Aunque estuviéses en casa de tus padres, siempre deberías estar trabajando, y en unos trabajos que no tendrías arbitrio á elegirlos, y tal vez serían más duros que los que aquí tenemos, los cuales propiamente no son otra cosa que una pura recreación.

Gorgonia. ¿Con que no hay estado alguno en esta vida, donde no haya que depender de algúien? ¡Qué desconsuelo!

Clemencia. No; por lo menos yo no lo sé. Y quien pudiése deciros por menor las diferentes especies de dependencia en que necesitan estar aquellas muchachas que se ven obligadas á servir, sería ciertamente bien hábil.

Leocadia. Nosotras, por la misericordia de Dios, estamos libres de esto.

Clemencia. De eso nada sé yo: pero lo cierto es, que ha habido algunas, y no en corto número, que eran como nosotras, y se han visto reducidas á ese estado.

Gorgonia. Pero una cosa así ¿Podrá por ventura acontecer á las que han nacido de Padres acomodados, y que adquieren cada día más riquezas?

Clemencia. Yo tengo noticia de algunas, cuyos Pa-

dres con más de cien mil florines de Patrimonio, se han visto precisados á morir en un Hospital, y sus hijas reducidas á ponerse á servir.

Leocadia. Según eso que dices, es fácil comprender, que más tiene sobre qué contar cualquiera con su habilidad é industria, que con sus bienes; y que así es menester acostumbrarse desde luego á la Dependencia, porque no se sabe en qué vendrá á parar.

Clemencia. Mucho me regocijo de ver, que al fin habláis conforme á razón: continuad así; que de este modo os grangearéis una gran reputación.

Gorgonia. Pero no todas suelen ser tan desgraciadas; pues la mayor parte de ellas se establecen, y son felices.

Clemencia. En parte es cierto lo que dices.

Leocadia. ¡Cómo *en parte!* Esa palabra no me gusta.

Clemencia. Pues no te ofendas de eso; que es mucha verdad.

Gorgonia. Ya escampa: ¡verdad eso!

Clemencia. Sí; porque no todas las que se establecen son felices.

Leocadia. A lo menos lo parecen.

Clemencia. Sea lo primero, que no todas lo parecen: y lo segundo, que aunque lo pareciesen, no es oro todo lo que reluce.

Gorgonia. Por de contado, tienen un marido que no dará lugar á que les falte nada, y que usará de mil condescendencias con ellas.

Clemencia. Para un marido que haya de esa clase, habrá millares que no son así.

Leocadia. Yo creí, que todos eran lo mismo.

Clemencia. Falta muchísimo para eso: ¿cuántas hay que se ven precisadas á volverse á casa de sus Padres, ó ponerse á servir, después de haber casado bien?

Gorgonia. No serán muchas, no.

Clemencia. Enhorabuena; yo quiero que no sean muchas; pero finalmente, sí las hay; y eso basta para que se diga con verdad, que falta mucho para que todas sean felices.

Leocadia. ¿Y á eso se reduce todo lo que hay que temer en este estado?

Clemencia. ¿Quién será capaz de referiros todo cuanto una mujer tiene que sufrir de un marido, cuyo genio es brutal, el humor caprichudo, y la conducta estragada? Solamente la que lo ha pasado, podrá explicarlo bien.

Gorgonia. Algunos hombres hay, que son cuerdos y racionales, de buen genio, y muy Cristianos; afales y contemplativos.

Clemencia. Yo quiero creer que los hay; pero son pocos: y entre tan corto número, apenas encontraréis uno que no sea imperioso, y celoso de su autoridad; lo cual es un martirio para una mujer.

Leocadia. Pero al fin, ella es Señora de su casa.

Clemencia. Ya veo yo que solamente eso es lo que respira tu corazón; y que la independencia tiene pa-

ra tí un atractivo de los más violentos: sí, yo te concedo que es Señora, es Ama; pero Señora con un Señor, con un Amo, que quiere ser servido y obedecido en todo.

Gorgonia. Sobre este pie, el estado de casadas es una verdadera esclavitud.

Clemencia. No quería yo decirlo tan claro; pero me alegro de oírtelo: ¿y no es eso muy justo, habiendo sido una mujer la que arrastró á todos los hombres al pecado?

Leocadia. Con que está visto, que no hay medio alguno de evitar la Dependencia; cosa que tanto nos agradaría, y que iríamos á buscar, aunque fuese al otro lado de los mares.

Clemencia. Os he dicho ya, que no; y no me canso de repetirlo: eso no se encuentra en ninguna parte en esta vida.

Gorgonia. Á lo menos, una mujer casada tiene el consuelo de sus hijos.

Clemencia. Lo confieso; más cuando son honrados y virtuosos; pero de no ser así, ¡que cruz más amarga ni más pesada! Y aun cuando son cuerdos y virtuosos, ¡que tormento no es para una madre, el temer á cada paso, que se mueran antes que ella!

Leocadia. Pero por último, los hijos son un recurso admirable para cuando llegue á la vejez.

Clemencia. Sí; pero es un recurso éste, sobre el cual se puede contar muy poco; porque ¿dónde ves tú, ni que hijos hay que se sacrifiquen por sus Ma-

dres, como se vé todos los días, que las Madres se sacrifican por sus hijos?

Gorgonia. ¿Con que el estado de viudas es el más feliz; porque ya no tienen un señor á quien obedecer?

Clemencia. Verdad es que no lo tienen; pero en desquite se ven cercadas de mil géneros de aflicciones.

Leocadia. ¿A cuáles, pregunto?

Clemencia. Todo el mundo las molesta con importunidades y vejaciones; les pone mil pleitos; y las infelices no tienen quien las proteja.

Gorgonia. Como solo atendía yo á que son independientes, ya juzgaba que su estado sería el mejor de todos.

Clemencia. Es cierto, que en este sentido no dependen de nadie; pero dependen de otras maneras que son todavía más penosas y más incómodas. A todo el mundo necesitan, y todos las abandonan: ¡que estado puede haber más triste!

Leocadia. Yo encuentro un medio para desenredarse de todas esas penosas dependencias; y es, el de entrarse Religiosa; y de ese modo con nadie hay que hacer.

Clemencia. Te engañas mucho en eso; porque con toda clase de personas hay que hacer, mientras se haya de vivir con ellas.

Gorgonia. Pero eso ya es muy distinto; porque no se depende de ellas, y solamente hay una á quien contemplar, que es la Prelada ó Superiora.

Clemencia. ¡Ob, qué admirable Religiosa, la que abraza este estado, solamente por no depender más que de una sola, que es su Prelada!

Leocadia. Y ¿qué? ¿No es eso bastante?

Clemencia. No os engañéis: entre todos los estados, el de Religión es el que más dependencia tiene puesto que ninguna debe hacerse Religiosa sino para morir al mundo, y así misma: lo cual no se puede efectuar sin una Dependencia general, entera y absoluta.

Gorgonia. Bien veo yo, por lo que te oigo decir, que esto de la Dependencia es una cosa inevitable en este mundo; pero dame siquiera un poco de tiempo para pensar sobre ello, y determinarme; pues te aseguro, que siento en mí una repugnancia de las más fuertes.

Clemencia. En eso está todo el daño; y es lo que hará que séais infeliz, si no tratas de mudar prontamente de sistema.

Leocadia. Pero yo advierto que solo las mujeres tienen esta pensión.

Clemencia. Verdad es que Dios las ha criado en estado de Dependencia; y para hacérselo entender así, formó Dios á la primera Mujer de una de las costillas del hombre (1).

(1) Genes. 2. 21.

Gorgonia. Pues ¿qué? ¿Los hombres no están sujetos á nadie?

Clemencia. Con vuestra licencia digo, que sí lo están; y que antes bien ancontraréis que todos tienen Dependencia entre sí, hasta los Reyes, hasta los Soberanos; pero es menester confesar que su Dependencia es menos onerosa que la nuestra.

Leocadia. Yo creía que los Reyes y los Soberanos de nadie dependían.

Clemencia. No dependen de sus Vasallos, para obedecerlos; pero sí dependen en algún modo de ellos, porque sin Vasallos no serían lo que son. A este tenor podéis juzgar de todos los demás.

Gorgonia. Finalmente yo pienso ya conforme te lo prometí; he tomado ya mi partido, y quiero abrazar animosamente de hoy más, cualquier género de Dependencia, que Dios me impusiere, y en cualquier estado que me colocale.

Clemencia. Si así lo cumplieres, serás feliz, y digna de serlo: este estado, que suele ser para otras un suplicio, te servirá á tí de consuelo; y todo él será meritorio para tí, ante Dios y los hombres.

Leocadia. Como yo deseo también ser dichosa, abrazo desde luego este mismo partido.

Clemencia. Pues por igualmente loable te juzgo á tí; y me faltan voces para explicar el gozo que siento,

al ver que tomáis un partido tan prudente y tan racional.

Gorgonia. De seguro puedes contar con nuestra resolución; pues con el socorro de lo Alto, esperamos perseverar firmes en ella por toda nuestra vida.

